

CERVANTES Y EL LENGUAJE DE GALERAS

(UNA PARLA... QUE HACE IMAGEN)

José Luis HERNÁNDEZ PASQUÍN



Introducción



Nuestra riquísima historia de las armas y de las letras, allá por el alto siglo XVI, aparecen, precisamente unidos por la mar, la galera y el egregio Miguel de Cervantes Saavedra, ambos en la madurez de su existencia. Desde que irrumpió en la historia de la construcción naval, la galera, como buque militar o de transporte en el lejano siglo XIII, mostró su singular personalidad tanto por sus gálibos como por sus cualidades tácticas, capaces de crear en su entorno una vida peculiar, mezcla de señorío y rudeza, de elegancia y desaliño. Cervantes conoció bien aquella vida en sus gloriosas singladuras en Lepanto y Túnez, o en las penosas a bordo de la galera *Sol* cuando en 1575 fuera apresado a su bordo frente a Marsella. El Príncipe de los Ingenios grabó bien en su mente aquella jerga, expresiones variopintas y costumbres a la usanza en aquellos sorprendentes navíos: desde los exquisitos modales y gestos de cuantos pululaban por el espaldar y la carroza hasta la zafiedad de los que faenaban por las corullas, bajo la arrumbada, entre el hedor de la chusma. Un singular contraste de culturas... tan sólo separadas por los 55 metros de la eslora del barco.

La mar en la literatura cervantina

Cervantes quiso dejar constancia, tanto en su obra cumbre como en algunas de sus *Novela Ejemplares*, de su identificación con la vida en la mar, y lo hizo utilizando el vocabulario técnico con la naturalidad que lo escucharía a

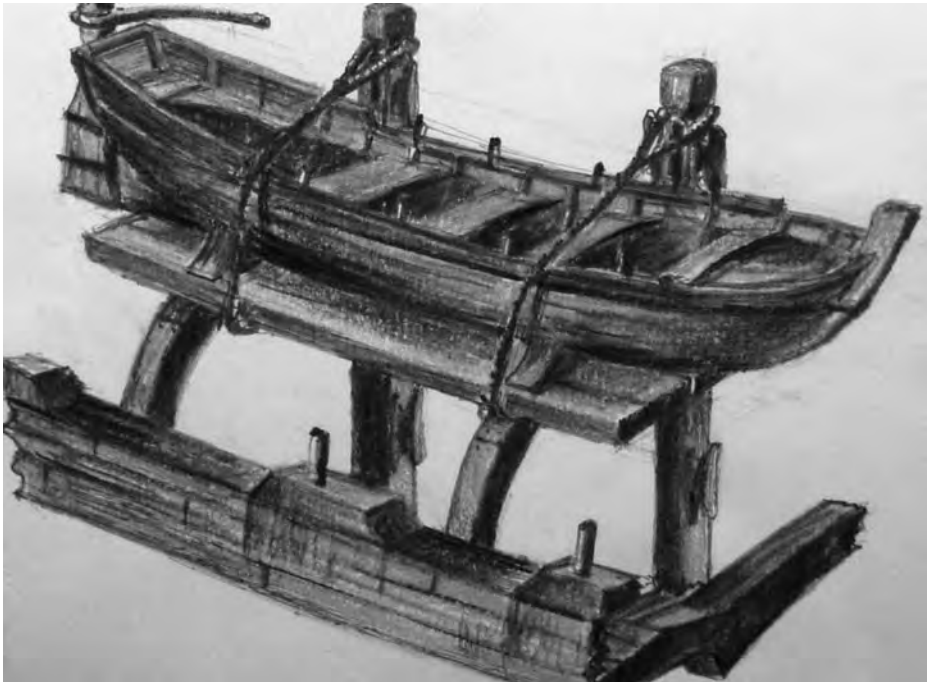


Fogón.

cómitres, gente de mar y capitanes en el desempeño de su trabajo, tanto en la mar como en combate o cuidando el exigido protocolo. En otras ocasiones, la descripción del hecho toma forma solemne. Por ejemplo, en el Cap. XXXVIII del *Ingenioso Hidalgo don Quijote de la Mancha* se desborda la retórica del hidalgo caballero en su conocido «Discurso de las Armas y de las Letras» con un párrafo del siguiente tenor: «Veamos si le iguala o hace ventaja el de embestirse dos galeras por la proa en mitad del mar espacioso, las cuales enclavijadas y trabadas, no le queda al soldado más espacio que el que concede dos piés de tabla del espolón; y con todo esto (...) viendo que le amenazan cuantos cañones de artillería se asestan por la parte contraria (...), y viendo que al menor descuido de los piés iría a visitar los profundos senos de Neptuno...». Un estilo grandioso para resumir la táctica del momento: la galera enfilaba a la enemiga, contra la que abría fuego con el cañón de crujía para reducir la resistencia oponente antes de la *embestida*, seguida del abordaje. Entraba entonces en acción la arcabucería desde la arrumbada, cubriendo al trozo de desembarco en la galera hostigada. La arcabucería apostada en los corredores de babor o estribor intentaba abatir la mayor cantidad de *gente de guerra*, protegida —al igual que la chusma— por las batayolas de tablonés

armadas mediante los candeleros de las postizas. Oportuna la observación del «...menor descuido de los piés...» porque la tamboreta era un bosque de obstáculos entre las gatas, las gúmenas, bitones, etc., además de la resbaladiza cubierta con fuerte brusca. Una vez *trabados* los cascos, la palamenta o el viento se encargaban de revirar el barco para que las culebrinas tiraran a desmantelar y desarbolar al enemigo. Cuando peroraba Don Quijote en el citado «Discurso», sin duda Cervantes evocaba Lepanto, o sus penurias «amarrado al duro banco de una galera turquesca...», o cuanto le hubiera contado su hermano Rodrigo, uno de los primeros que desembarcaron en las Molas, en la conquista de las Terceras en 1582.

Pero a mi juicio, donde la pluma cervantina se torna verdaderamente deliciosa para el profesional de la mar es en el Cap. XLI del *Quijote*, por su estilo casi de añejo cuaderno de bitácora. Veamos algún fragmento: «...ya casi pasadas las tres horas de la noche, yendo con la vela tendida de alto abajo, frenillados los remos (...) vimos cerca de nosotros un bajel redondo (...) con todas las velas tendidas, llevando un poco a orza el timón, delante de nosotros atravesaba y esto tan cerca que nos fue forzoso amainar por no embestirle, y ellos (...)

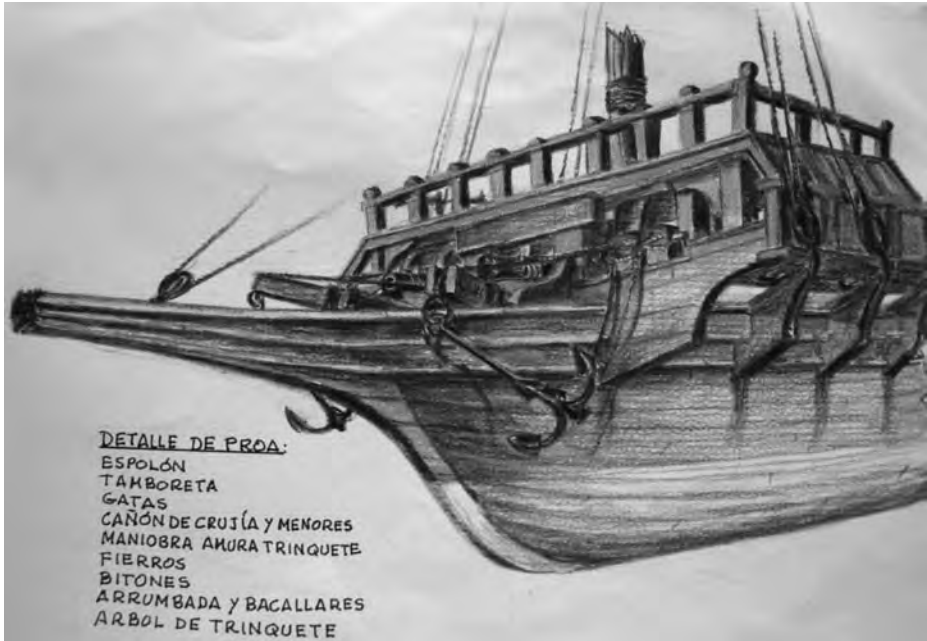


Esquife.

hicieron fuerza de timón para darnos lugar a que pasásemos...». El viento fresco y la claridad de la noche les permitió reconocer el bergantín redondo, procedente de la Rochela, que a barlovento *gobierna* a la galera tunecina, forzando la arribada para cortarle la proa... con aviesa intención, «y habiendo pasado un poco delante, ya que el bajel quedaba a sotavento, de improviso soltaron dos piezas de artillería, y a lo que parecía, ambas venían con cadenas, porque con una cortaron nuestro árbol (...) y dieron con él y con la vela en la mar, y (...) disparando otra pieza, vino a dar la bala en mitad de nuestra barca...». Conocido por el contexto que cruzaban por la zona del Estrecho, casi se podría dibujar el esquema de la maniobra, que acabó con la retirada del bergantín: «...*se hicieron a lo largo, siguiendo la derrota del Estrecho*». No menos sugestiva es la odisea de la visita de Don Quijote y Sancho a las galeras fondeadas en *la marina* (Cap. LXIII), acompañados por el cuatralbo: desde el inicial saludo al cañón, la subida a bordo por el portalón de honor (popa, estribor), el triple ¡uh!, el volteo de Sancho a brazos de la chusma, la maniobra de *zarpar el fierro* mientras parte de los forzados izaban entenas, entre otros detalles. Como queda dicho, también en las *Novelas Ejemplares* el maestro usa giros náuticos a la hora de recomendar la prudencia, «...porque no todas veces lleva el marinero tendidas las velas de su navío, ni todas las lleva cogidas, pues según es el viento, tal es el tiento.» (*La tía fingida*), o aquella otra: «...y bogando a cuarteles... del Amante Liberal». Cervantes utiliza casi siempre la voz *cómitre*, en clara alusión a buques de la Armada, pues en las naves mercantes solía emplearse el término *naochoero*.

Del fogón y del esquife: una digresión

La cámara de boga, entre la arrumbada y el estanterol, estaba dividida longitudinalmente por la crujía o corredor central sobre la cubierta de bancadas en la que apoyaban las peañas de los 60 ó 65 bancos para los galeotes, divididos en dos bloques simétricos a babor y estribor. Los bancos se afirmaban en posición oblicua desde la crujía hacia las bandas, formando un ángulo con aquella de unos 75 grados hacia proa. En aquel espacio, a la intemperie y sin otro apoyo para sus miembros que la remicha a los pies, transcurría la vida del forzado. En uno de esos bloques de bancos —a babor o estribor— y hacia el último tercio de la eslora de la cámara, iba situado el fogón, ocupando el lugar de uno de los bancos, mientras en la otra banda se elevaba el varadero del esquife, que por lo general se llevaba a remolque. Fogón y esquife eran tan notables referencias a bordo, que ya en la antigua jurisprudencia de galeras, el añejo *Libro del Consulado del Mar* (1270), trataba entre su articulado de las consecuencias de picar el remolque. Aunque quizá la más notable alusión a estos dos elementos es la que el libro hace en el Cap. CLXV sobre «¡Cómo debe el marinero soportar a su patrón!». Decía así: «...si le insulta (el patrón) y



Proa.

le acomete debe huir (el marinero) hasta la proa y ponerse junto a la cadena y si el patrón la cruza, debe huir (el marinero) al otro lado (...), si le persigue, puede defenderse, pues el patrón no debe cruzar la cadena...». Hay quienes opinan que *la cadena* era un determinado bao que en la cubierta indicaba al indolente y al patrón el límite del «área de amonestación». Para otros, *la cadena* «es el madero o barra que resguarda la arista horizontal de un fogón de cocina». Esta interpretación se me antoja más acertada al caso, dada su visible posición, que procuraba, además, abundantes testigos. Lo que está claro es que, así como del esquife hay abundantes menciones en los textos cervantinos, quizá el recuerdo del entorno del fogón de la galera podría ser la fuente de inspiración, por contraste, del relato del frustrado himeneo de Camacho y Quiteria, contado en los Caps. XX y XXI del *Quijote*: aquí, ante la plácida mirada de un Sancho famélico, se aderezan abundante caza, novillos despellejados para el asador, calderos con espuma y generoso caldo... ¡Igualito que aquellos repartos en la *Marquesa* o en la *Presa*, cuando sólo caía en la escudilla algo de arroz, habas, garbanzos, aceite y vinagre, y en ocasiones, un tiento al zaque de vino.

Conclusión y sugerencia

Como decía al principio, sólo he pretendido espigar algunos ejemplos del lenguaje marineru en la obra cervantina. Si en la persona de Miguel de Cervantes se encarnaron de modo eminente «la espada y la pluma», pienso que también en su literatura brilla, cuando es el caso, el trinomio «la espada, la mar y la pluma». Precisamente hace meses leía en una veterana y conocida enciclopedia (*Enciclopedia Universal Ilustrada*), a propósito de una determinada voz, esta elegante crítica: «...porque las cuestiones navales han sido y son tratadas por los extraños a la vida de la mar (...) con tal caudal de inexactitudes y gran tergiversación de las palabras más comunes en el lenguaje marineru, que los técnicos, ni las más de las veces ni llegan a saber qué dicen tales escritos...». Lo que ya es menos disculpable es que, en ocasiones, los mismos profesionales empleemos con cierta pobreza el lenguaje técnico marineru.

Creo sinceramente que todo aquel que por oficio o afición conoce la marina de remo de los siglos XIII a XVII goza leyendo a Cervantes porque el texto le sitúa en la playa, en alta mar, a bordo, en guerra y en la paz. Y quien carezca de tal presupuesto se siente urgido a enriquecer su vocabulario hasta ser un personaje más de la escena. O sea, un trabajo muy bien hecho, digno de agradecer y de imitar —quien guste de usar la pluma— al inmortal *Huésped del Sevillano*.

